

horror de ese amor que me encadena, que no me deja libre». A pesar de todas las ilusiones que tiene puestas en su primo, nunca deja de pensar en el amor en un sentido más amplio: «Sin embargo —escribe—, amaba la vida apasionadamente. Hacía falta poca cosa para devolverme la confianza en ella, en mí: una carta de uno de mis alumnos de Berck, la sonrisa de una obrera de Belleville, las confidencias de una compañera de Neuilly, una mirada de Zaza, una gratitud, una palabra tierna. En cuanto me sentía útil o querida el horizonte se iluminaba de nuevo y me hacía promesas a mí misma: Ser querida, ser admirada, ser necesaria; ser alguien. Estaba cada vez más segura de tener un montón de cosas que decir: las diría».

En *Final de cuentas*, último tomo de sus *Memorias*, Simone de Beauvoir resume así el significado de sus primeros amores: «A los dieciocho años, incómoda en mi casa y conmigo misma, soñé, no con ser otra, sino con compartir una vida que me pareciera admirable —la de Garric— o emocionante —la de Jacques—. Ese sueño duró bastante sin que yo creyese en él del todo. Mis sentimientos por Jacques estaban inflados, mientras que los que experimentaba por Zaza eran verdaderos. Aunque insólito, él no tenía nada notable, mientras que Zaza era excepcional».

Explosión de alegría y de tormento

En 1928, en la Sorbona, cuando Simone de Beauvoir no había cumplido aún los veintidós años, conoció a un trío de candidatos a la cátedra de filosofía, se trataba de Paul Nizan, Jean-Paul Sartre y René Maheu. Conocidos por sus audacias intelectuales y su agresividad, Simone se hizo primeramente amiga de Maheu que parecía el menos duro de los tres.

René llegó a gustarle, y mucho, pero ella no acababa de tragar con lo de ser «una segundona», ya que él estaba casado. Tampoco coincide con su escala de valores, y así lo explica al decir que le parecía indecente que los esposos estuvieran «ligados recíprocamente por obligaciones materiales: el único lazo entre dos personas que se amaban debería haber sido el amor».

Y mientras se encuentra en este estado de ánimo, va descubriendo a otro de los componentes del grupito, Sartre, que como «una explosión de alegría y de tormentos» ha de convertirse en el eje central de sus días: «Sartre —escribe— respondía exactamente al deseo de mis quince años: era mi doble, el ser en quien encontraba reflejadas todas mis manías llevadas a la incandescencia. Con él podría compartirlo siempre todo».

Por su parte, Sartre no era demasiado propenso a dejarse llevar por las emociones, además se encontraba enfrascado en su reciente teoría que llamaba «los abstractos emocionales», que se traducían en expresar con palabras las emociones. Para ello era preciso un dominio constante de sí mismo y un saber poner distancias oportunas para permanecer siempre lúcido.

Sartre a sus veinticuatro años supo que no quería perderse el amor de Simone, pero no estaba dispuesto a que ese amor le exigiera renunciaciones. Desde un principio dejó claro que él no tenía vocación de monógamo, cosa nada nueva, ya que desde siempre, un elevado número de hombres han venido manteniendo relaciones con varias mujeres. La originalidad que él aportaba era el proclamar que las mujeres deberían de hacer lo

mismo, es decir, mantener relaciones con varios hombres. Esto que Simone asumió y que para ella fue fuente de alegría y de tormentos, Sartre lo explicó diciendo: «Lo que hay entre nosotros es un amor necesario: pero nos conviene también conocer amores contingentes». Según él, esos amores contingentes deberían ser amores, y no aventuras pasajeras, podían durar mucho tiempo —lo que diera de sí la cosa—, y ser apasionados, sin que por ello se rompieran ni alteraran los fuertes lazos que les unían.

Simone, que ya había tenido ocasión de ver en su entorno los fallos del matrimonio convencional, que tantas veces degenera en trampas, engaños y aventuras extraconyugales, decidió aceptar las arriesgadas reglas de juego que le proponía Sartre: toda una revolución si pensamos que estaba corriendo el año 1929. Confiada o convencida, o ambas cosas a la vez, Simone explica el salto que dio en *La plenitud de la vida*: «En toda mi existencia no había encontrado a nadie tan dotado como yo para la felicidad, ni que se empeñara en conseguirla con tanta obstinación. En cuanto la tuve a mi alcance, se convirtió en mi único objetivo. Si me hubieran ofrecido la gloria y hubiera tenido que ser a costa de la felicidad, la habría rechazado. No sólo causaba efervescencia en mi corazón: yo pensaba que me ofrecía la verdad de la existencia y del mundo». Sartre se había convertido ya en el amor de su vida y sólo la muerte podría separarlos.

Vivir en total transparencia

Sin ningún tipo de ataduras, «sin velos, en una desnudez absoluta», Sartre le propone a Simone el vivir en total transparencia, tal y como él ya lo viene haciendo con sus dos íntimos amigos, Nizan y Guille. Por transparencia entiende la sinceridad total entre dos seres que se esfuerzan en informarse mutuamente de todo lo que dicen, hacen o sienten en cualquier circunstancia de la vida. Lo cual implica un esfuerzo de lucidez total consigo mismo. Comunicar todas las experiencias propias, analizarlo todo, a la gente, el entorno, los acontecimientos, y de todo ello ir sacando el material para su escritura. El escritor ha de revelar el mundo, dar testimonio del hombre y la transparencia es un ejercicio básico para conseguirlo.

Alentados por su racionalismo cartesiano, Beauvoir comenta en *La plenitud de la vida* que adoptaron esta actitud, precisamente porque les convenía: «Ningún escrúpulo, ningún respeto, ninguna adherencia afectiva nos impedía tomar nuestras decisiones a la luz de la razón y de nuestros deseos; no veíamos en nosotros nada opaco ni turbio: creíamos ser pura conciencia y pura voluntad. Esa convicción se fortalecía con el entusiasmo por el cual apostábamos sobre nuestro porvenir; no estábamos entregados a ningún interés definido puesto que el presente y el pasado debían superarse sin cesar. No vacilábamos en oponernos a todas las cosas y a nosotros mismos cada vez que la ocasión lo requería; nos criticábamos, nos condenábamos con soltura, pues cualquier cambio nos parecía un progreso».

No sin esfuerzo, Simone se identificó pronto con las ideas que Sartre tenía claras: eran escritores. Cualquier otra determinación era ficticia. Se trataba de seguir el precepto de los antiguos estoicos que también lo habían apostado todo a la libertad. Había que comprometer cuerpo y alma en la obra que dependía de ellos, y liberarse de todas las cosas que no dependían.

En los comienzos de los años treinta, cuando Simone se encontraba en pleno arrebatado de enamoramiento, Sartre le propone una separación de dos o tres años, para encontrarse luego de nuevo en algún lugar del mundo, en Atenas, por ejemplo. Simone escribe recordando aquella etapa: «Nunca seríamos un extraño el uno para el otro, nunca el uno recurriría en vano al otro, y nada sería más fuerte que esa alianza; pero no tenía que degenerar ni en obligación ni en costumbre: debíamos salvarla a cualquier precio de esa podredumbre. Acepté. La separación que encaraba Sartre no dejaba de asustarme».

Simone, en su estado de efervescencia amorosa, no deseaba sino presencia y proximidad del ser amado. Sus biógrafas, C. Francis y F. Gontier, afirman que «vivía su amor con tal intensidad, que se asustaba de sentir adormecerse sus ambiciones y esfumarse su independencia. Intentaba poner en marcha su voluntad. En vano. La obsesión de su amor le robaba todo el tiempo». Por su parte, Sartre ni por un momento se perdía en exaltaciones de estados de ánimos que le llevarían a desviarse de lo que consideraba su objetivo primordial.

En la «plenitud de la vida» Simone recuerda un hecho que puede ser muy ilustrativo a la hora de hablar del temperamento frío y apasionado, de uno y de otra, respectivamente. Simone recuerda: «Una tarde mirábamos desde lo alto de Saint-Cloud un gran paisaje de árboles y de agua; yo me exaltaba y le reprochaba a Sartre su indiferencia: él hablaba del río y de los bosques mucho mejor que yo pero no sentía nada. Se defendió. ¿Qué es sentir? No tenía ninguna tendencia a las palpitaciones de corazón, a los escalofríos, a los vértigos, a todos esos movimientos desordenados del cuerpo que paralizan el lenguaje: se apagan y no queda nada; concedía más precio a lo que llamaba «los abstractos emocionales»; el significado de un rostro, de un espectáculo, lo alcanzaba bajo una forma desencarnada y se mantenía lo bastante desligado para tratar de fijarlo en frases. Varias veces me explicó que un escritor no podía tener otra actitud; el que no siente nada es incapaz de escribir; pero si la alegría, el horror, nos sofocan sin que los dominemos tampoco sabremos expresarlos».

Amante y amiga

Sartre, desde el principio de sus relaciones, animó a Simone a preservar lo que consideraba que había en ella de más estimable: su gusto por la libertad, su amor por la vida, su curiosidad y su voluntad de escribir. No sólo la alentaba sino que la ayudaba, y cuando veía que sus cinco sentidos no estaban puestos en su trabajo la advertía: «Procure no convertirse en una mujer de su casa». Y la comparaba con aquellas mujeres que después de haber luchado duro para conseguir su independencia se conformaban con ser la compañera de algún hombre.

Ella nunca le defraudó y así él lo ha reconocido en muchas ocasiones: «Lo maravilloso de Simone de Beauvoir es que posee la inteligencia de un hombre y la sensibilidad de una mujer. Es decir, que encontré en ella todo cuanto podía desear». Fue su Amante y fue su Amiga en una fecunda y maravillosa relación que duró desde que se conocieron hasta su muerte: «Tuve tres “amigos íntimos” —dice Sartre— y cada uno correspondió a una época determinada de mi vida: Nizan, Guille y el Castor (porque el Castor también fue mi amigo y sigue siéndolo). Lo que me aportaba la amistad era